

El ominoso estruendo del silencio

Pablo Espinosa

Un relámpago atraviesa entera la novela.

Cuando niño, mi hermano mayor, Luis, me enseñó a calcular, de manera trivial, guiado sinceramente por el asombro, la distancia a la que cae un rayo si contaba, precisos, los segundos que mediaban entre la aparición del relámpago y el estrépito del trueno, y luego los multiplicaba por la velocidad de la luz.

Al escritor colimense Agustín Benítez Ochoa le llevó, de manera rotunda, guiado sinceramente por el resplandor de la creación literaria, 220 páginas para ubicar el punto exacto donde estalló su cósmico misil: el estruendo resuena, determinó de manera francamente magistral, en *Un lugar cercano a la locura*.

Desde el mero inicio da en el blanco: “A Héctor Zúñiga lo despertó el silencio”.

Al protagonista Héctor Zúñiga, así como a todos quienes desfilan por la novela, los guía el vuelo de un personaje poderoso, omnímodo y tenaz: el silencio.

Debo decir que en las dos ocasiones que he leído esta novela, encontré en esa frase inaugural la clave y el misterio, el umbral y el pasadizo secreto, el alfa y el omega del relato entero.

Además, ubiqué de inmediato en mi archivo mental este inicio de novela entre mis preferidos.

Sin necesidad de pensar en las odiosas, por innecesarias, comparaciones, sino simplemente a manera de inventario, recuerdo ahora, a primer golpe de memoria, los siguientes:

¿Encontraría a La Maga? Como la interrogante seminal de *Rayuela*, de Julio Cortázar.

Vine a Comala porque me dijeron que aquí vivía mi padre, un tal Pedro Páramo.

El diablo en la calle, en medio del remolino, del *Gran Sertón: Veredas*, de João Guimarães Rosa.

O, también, ese diálogo de “Luvina”, de Juan Rulfo:

—¿Qué es? —me dijo.

—¿Qué es qué? —le pregunté.

—Eso, el ruido ese.

—Es el silencio...

Y el más reciente: “A Héctor Zúñiga lo despertó el silencio”, el gran inicio de esta novela de Agustín Benítez Ochoa.

Y uno escucha, precisamente, el silencio. Ese silencio tan peculiar.

No es el silencio que uno escucha, por ejemplo, en la partitura “4’33” de John Cage, la cual consiste en que el pianista entra en escena, agradece los aplausos, se sienta frente al piano, coloca un cronómetro frente a sí, espera, en silencio, que transcurran los 4 minutos 33 segundos que marcan el título de la obra, levanta la tapa del piano, se pone de pie y agradece los aplausos, o los abucheos.

Pues bien, el silencio que atrae esta obra siempre viene revestido del silencio en el ambiente que envuelve al concierto, como por ejemplo los sonidos de la noche y, no hay casualidades, la tormenta eléctrica que ocurrió la noche del estreno sobre el bosque de Woodstock, la primera vez que sonó —es un decir— esta obra.

No, este silencio es de éstos que punzan, devoran, acosan, y envuelven voces, gemidos y gritos.

Y es a partir de ese silencio que el autor de la novela construye un andamiaje invisible que sostiene un ámbito catedralicio: el de la memoria.

No hay perdón ni olvido, reza cierta consigna. En esta novela sí hay perdón, pero no hay olvido.

La metáfora, que es su estructura vertebral, es al mismo tiempo bella y cruenta, lenta y triste, lenta y calma, lenta y dolorosa, como las gimnopedias de Satie.

La metáfora del silencio y su alimento, el estruendo; el silencio y su *alter ego*, el grito; el silencio y su estrépito carcomiendo la memoria es, a mi juicio, el *summum* amargo de *Un lugar cercano a la locura*.

Y la manera de trazar la trayectoria del relámpago, a lo largo de estas 220 páginas, es una estructura binaria, A-B-A-B-A-B, que pone en el hemisferio izquierdo, es decir los capítulos impares, el relato en tiempo presente y en los pares coloca el pretérito.

Dudas cartesianas. ¿Será cierto que dos rectas paralelas se tocan en el infinito? ¿Lo que estoy leyendo ya lo dije pasado mañana?, ¿en dónde estoy, quién soy, cuál es el sentido de la existencia?

Las dudas atacan a Héctor Zúñiga, despertado por el clamor del silencio.

¿Ocurrió lo que estoy narrando de la manera como lo cuento, o es mi imaginación?

En distintos momentos y con gran acierto, Agustín Benítez plantea esas dudas a propósito, ¿o en realidad cobraron vida los fantasmas que atañen a toda buena literatura, y entonces la verosimilitud del relato le dictó esas dudas?

Nos narra, de distintas maneras, episodios donde en un momento dado se pregunta si realmente las cosas ocurrieron así o la memoria, esa autora insaciable de ficciones, tomó el papel de autora.

Ah, la memoria embestida por el insaciable silencio.

A manera de una sinfonía coral, los personajes desfilan y gritan, pasan y gimen, caminan como sonámbulos o como espectros o como productos de una alucinación

o, siempre, como resultado de ese andamiaje prodigioso que es la creación literaria.

Porque una buena novela establece sus propias reglas. La primera es que conmueve, mueve a reflexión, divierte, pone a andar el *magín* del lector, lo involucra, lo tienta, lo seduce, lo zarandea.

Y ésas son, las anteriores, sólo algunas de las muchas virtudes que encuentro en este libro.

Otra es su sencillez, su aparente linealidad, su engañoso aquí no pasa nada.

Si hay algo difícil en literatura es utilizar el lenguaje coloquial para narrar.

Cierto, ¿de qué otra manera se puede poner a hablar a jóvenes o a señores sinceros, más comunes que corrientes, si no es con su lenguaje cotidiano?

Se dice fácil, pero el lenguaje de todos los personajes que desfilan por estas páginas hablan como lo hacen siempre, en sus vidas cotidianas, tanto en sus monólogos interiores como en sus coloquios domésticos o sociales.

Lograr eso es llegar a la categoría de proeza, pues se camina siempre al borde del precipicio: escribir por ejemplo un “no mames güei” y que suene a eso, a una expresión sincera y rotunda de uno de los personajes, insisto, no es cosa fácil y el lector queda tan convidado a este tono familiar que, inmerso en el relato y su estructura tan cuidada, siente de repente que media suela del zapato se aproxima al borde del abismo, o que el suelo de repente se pone resbaloso. Pero siempre resulta avante el texto, inclusive en su escrupulosa construcción que nos conduce, siempre en la duda como una comezón punzante, hacia los capítulos culminantes, donde parecen juntarse las dos líneas rectas que construyeron la novela entera.

Otro logro monumental de *Un lugar cercano a la locura* es obedecer al tiempo y lugar exactos, casi cuarenta y cuatro años después de los sucesos, para proponer una visión humana y, por tanto, profunda del holocausto de octubre de 1968.

No se trata de un nuevo libro sobre el movimiento estudiantil de 1968, sino de una novela cuyos personajes giran alrededor de aquellos sujetos.

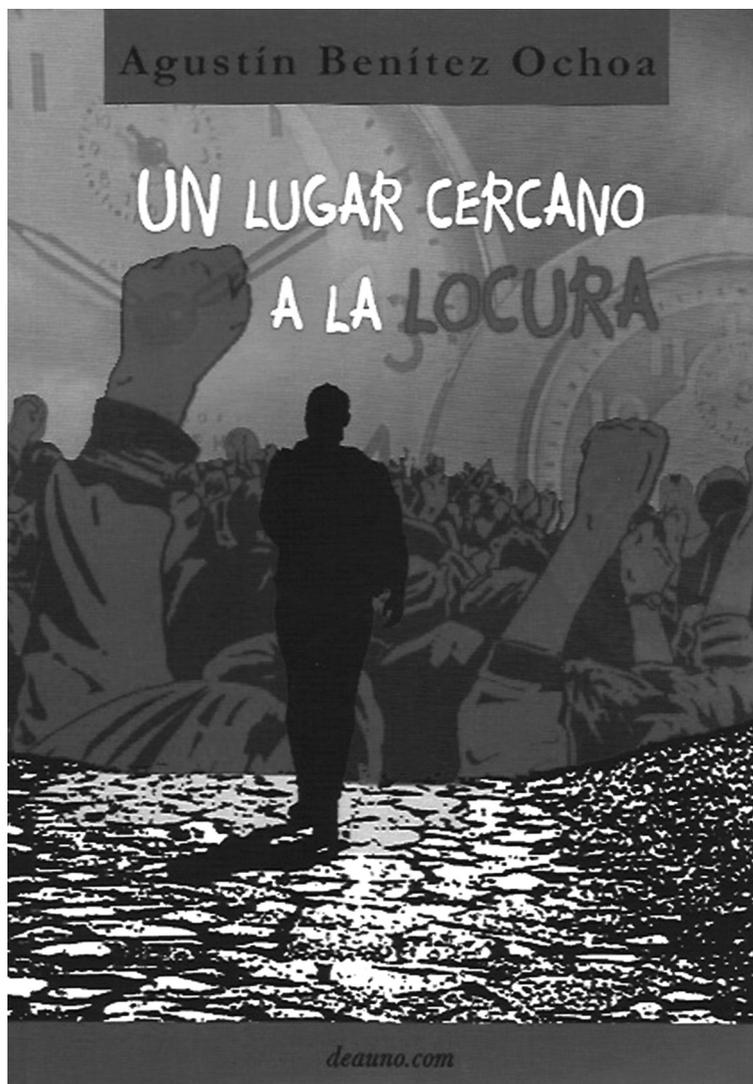
No hay en este abordaje, por lo tanto, ni buenos ni malos, ni héroes ni villanos. Es una mirada sobre el 68, como coloquialmente se hace referencia a ese movimiento social, puesta la perspectiva abajo, entre la gente común.

La herida entonces es tratada desde la reflexión, la crítica, la expiación y la catarsis, esos motores de la literatura.

Una visión al mismo tiempo desenfadada y comprometida, es decir, ligera por igual, densa y ardorosa, que acaricia con los recuerdos de la dorada juventud y que lastima con los hechos que hirieron a la sociedad entera, son puestos aquí de manifiesto para provecho de las generaciones que no vivieron esos hechos, así como para una reconsideración igualmente provechosa para los participantes, inclusive los meros circunstantes.



Agustín Benítez Ochoa



Los jóvenes brigadistas, con toda su carga de ingenuidad y entusiasmo, no necesariamente dominados por la mística revolucionaria que los hace santones y referentes del movimiento, duchos en recitar pasajes de *El capital* y cantar *La Internacional* a la menor provocación, sino simples chavos dueños de sus esplendorosos presentes y anhelantes de un mejor futuro. Ésos son los protagonistas de esta novela que nos deja plenos del goce libertario de las andanzas juveniles de esos chavos, por igual que azorados por los acontecimientos que vivieron, esa manera brutal de desvirgar los sueños, ese doloso método del poder de cercenarlos, de lastimar el alma de un pueblo.

Vaya metáfora: el silencio que despertó a Héctor Zúñiga en medio del sueño es el mismo de la Manifestación del Silencio que es igual al sonido zumbante de las balas y los quejidos de los caídos y los gritos de la multitud enloquecida, atrapada allí, en Tlatelolco, por igual que el Zócalo, por igual que Ciudad Universitaria, por igual que en las corretizas perpretadas por gorilas en las calles, por igual que el acoso en los laberintos del alma y de la mente, persecución que conduce a *Un lugar muy cercano a la locura*.

Porque hubo, en la vida real, personas que perdieron la cordura en muchos sentidos después de aquella matanza, tanto la cordura al límite del diagnóstico médico de alguna enfermedad mental, como la cordura en tanto metáfora: individuos fragmentados en una sociedad que definitivamente cambió en ese parteaguas.

¿Qué perdieron los jóvenes estudiantes en aquel movimiento? ¿Qué perdieron las amas de casa, los obreros, los campesinos, todos aquéllos por quienes luchaban esos chavos? ¿Qué perdió la sociedad en su conjunto, la de ese momento y la de las generaciones por venir? ¿Qué perdieron en la Plaza de las Tres Culturas el 2 de octubre de 1968 los jóvenes que hoy escuchan a *Radiohead* y que, por supuesto, no habían nacido entonces? ¿Cuál es ese lugar cercano a la locura?

Vaya méritos de esta novela. La reflexión, aparejada al asombro, arrejuntada al goce de la lectura, resuena incesante en el gran silencio cuyo estruendo resuena en toda la epidermis, huesos y carne y sangre de esta gran novela, que añade a sus méritos el

haber sido escrita y publicada de manera absolutamente independiente: una edición impresa en paralelo a su versión digital.

Cualquiera de esas dos versiones se puede conseguir a través de este par de contactos: www.elaleph.com, además de www.amazon.com.

Momentos de muy lograda literatura abundan en estas 220 páginas.

Curiosamente, la página 68, y hay que recordar que las casualidades no existen, condensa gloriosamente, tanto en logro literario como en la reproducción de aquel episodio glorioso, la llegada de la gran Manifestación del Silencio al Zócalo.

O en la página 177, donde se relata lo más espeluznante que alguien puede vivir en una vida.



Y ese estrépito de letras en clamor continúa en las páginas siguientes, mientras el lector tiembla de rabia, llora de indignación, grita de impotencia.

Y el silencio impera, como un relámpago a lo largo de toda la novela.

La atraviesa como una daga firme y fría, tintilante en su fuego interior, porque la temperatura de una daga siempre es caliente en su interior y fría en la superficie, como resulta a lo lejos un relámpago.

El silencio aparece, como palabra y como grito, en los labios de los personajes de esta novela, tanto en el silencio del “testigo mudo”, como suele describir el cliché a los escenarios de hechos que marcan existencias, como el camino verde dentro de Ciudad Universitaria, las islas, las facultades, y de ahí a los barrios, al paisaje interior de cada uno, de cada educación sentimental.

Hay silencio en la página 44, cuando en medio de una asamblea de estudiantes brigadistas para reorganizar las acciones luego de un revés represivo, se escucha al narrador indicar: “El silencio esperaba órdenes”.

Hay silencio en la página 109, cuando el joven Héctor Zúñiga desfila por el Paseo de la Reforma, rumbo al Zócalo y nos relata así: “el silencio era imponente”.

Hay silencio en la página 147, cuando “Héctor despertó otra vez en ese cuarto verde, aséptico, desnudo de adornos y con un olor neutro. *Huele a nada*, pensó”.

Hay silencio en la página 178, cuando Héctor queda anonadado en medio de la matanza del 2 de octubre y de pronto, nos narra, despertó y corrió y volteó por última vez para buscar a sus amigos entre la multitud bajo las balas: de ese tamaño era mi locura, dijo en silencio.

Hay silencio en la irrealidad, en la sinrazón, en el relámpago hasta que nos estalla en plena crisma.

Y entonces, cuando damos vuelta a la página final de esta novela, volteamos hacia el cielo y vemos convertirse el relámpago en un silencio enorme, que nos despierta.

Fueron entonces microsegundos los que mediaron entre la luz del relámpago, ese silencio azul eléctrico, y el estruendo del rayo en nuestra cabeza.

A todos los lectores de esta gran novela nos despertó, entonces, el silencio. **U**